

—Quiero adoptar a una niña de unos siete años —le había explicado la señora Ellison a la matrona unas horas antes.

Ahora, de pie en el gran patio del orfanato del condado de Acipco, estudió a cada una de las niñas más pequeñas que pasaban corriendo junto a ella. Había un ácaro regordete de rizos oscuros cerca de la alta puerta de hierro, notó la señora Ellison. Un querido querubín, pensó, que sería una maravillosa hijita para una viuda sin hijos como ella. Balanceándose locamente en uno de los columpios había otra, de ojos marrones y riendo como ella misma lo había hecho a esa edad.

Tantas niñas huérfanas, apiñadas como ganado y tratadas por la fuerza casi como tales: ¿cómo iba uno a tomar la gran decisión que cambiaría la vida de una, y la suya, para siempre?

—¡Dios mío! Estoy comprando una hija —musitó culpable la mujer alta de ojos dulces—. ¡Qué inhumano! Debería ser al revés, si tan sólo un niño tuviera suficiente visión para seleccionar.

Su pensamiento se partió como una ramita. Algo tiraba de su falda con tímida insistencia, y miró hacia abajo, sorprendida al encontrar una niña delgada y hogareña mirándola. Los penetrantes ojos azules eran demasiado grandes para ese rostro cetrino, sensible. Dos trenzas colgaban sobre hombros estrechos contra el cuello almidonado de su uniforme de orfanato, y el brazo que se extendía hacia la señora Ellison era delgado y estaba salpicado de pecas, como la cara y el cuello.

—No creo haber visto nunca a un niña menos atractiva —fue el primer pensamiento de la mujer.

Pero entonces la niña sonrió y su rostro se iluminó lentamente como una vela en una habitación oscura. Era una sonrisa dulce y extraña, llena de nostalgia y, sin embargo, con una sabiduría silencioso.

—¿Eres la señora que mi mamá envió por mí? —dijo su pequeña voz.

Era una voz tímida, bastante vaga, como los ojos azules, pero extrañamente cautivadora por todo eso.

La señora Ellison se arrodilló, sonriendo. Sus manos se movieron, alisando las trenzas andrajosas. La niña no se vería tan hogareña, con una atención cuidadosa. Sus pensamientos se desviaron, mientras murmuraba en voz alta:

—No lo sé, cariño. ¿Tu mami se ha ido al cielo?

La niña la miró con gravedad por un momento. Entonces sacudió la cabeza.

—No, señora. Mi mamá viene a verme cuando yo quiero. Ella me habla todas las noches, y...

En ese instante, la matrona se levantó, apresurada y resoplando, con un pequeño ceño de fastidio arrugando su suave frente al ver a la niña con la mujer arrodillada.

—Señora Ellison, lamento mucho haberme retrasado. Corre a tu clase, Martha, querida —ordenó enérgicamente—. La matrona quiere hablar con la buena señora.

La visitante se levantó, desconcertada por su tono de impaciencia. Pero la niña de rostro delgado vaciló sólo un segundo, durante el cual sus profundos ojos azules buscaron algo en la expresión de la señora Ellison con solemne intensidad. Entonces ella giró sin decir una palabra y se alejó lentamente hacia un grupo de niñas cerca. Sin embargo, cuando se acercó, se volvió rápidamente, apoyada contra el tronco de un roble blanco, gigante, que empequeñecía su diminuto cuerpo.

La señora Ellison observó el juego con una extraña punzada.

—¿Quién es esa niña? —murmuró—. Hay... hay algo diferente en ella.

—¿Martha? Ella es realmente nuestra niña problemática. No se lleva bien con los demás y constantemente rompe nuestras insignificantes reglas. Oh, no quiero decir que sea deliberadamente mala, pero...

—Quizás solo tenga dificultad para adaptarse —la visitante de cabello castaño asintió con simpatía—. Tal vez sea la interferencia de la madre. Entiendo por la pequeña Martha que la visita con bastante frecuencia, y eso siempre es duro para la moral de un niño. Una lástima que no pudiera simplemente sacarla de aquí y apoyarla de la mejor manera.

La señora Ellison se interrumpió, consciente de que la matrona le sonreía con curiosidad.

—Querida —la directora del orfanato extendió las manos—, esa niña no tiene madre, murió hace más de un año. Tuberculosis, me han dicho, agravada por el trabajo

nocturno en una fábrica de algodón. La pobre bebé tuvo tal conmoción que nunca fue capaz de aceptar la idea. Algunas mentes, torturadas más allá de lo soportable, caen en la amnesia como escape. Otras, como la pobre pequeña Martha, simplemente construyen un mundo de sueños en el que no necesitan enfrentar la cruel verdad. Tiene una fijación positiva de que su madre está a su lado en todo momento. ¿Por qué, puedo verla en la noche, no es así?, dirá una y otra vez. Mantiene largas conversaciones imaginarias en la sala después de que se apagan las luces, tal es así que las otras niñas se quejan de que las mantiene despiertas. No les disgusta, pero creo que tienen un poco de miedo de ella.

—¿Miedo? —la señora Ellison arqueó una ceja ante lo absurdo—. ¿Por qué diablos debería alguien tener miedo de esa pobre pequeña?

La matrona se movió nerviosamente y luego soltó una risa nerviosa.

—Bueno —ella desvió la mirada tímidamente—. Digamos que es una niña extraña. Algunas cosas inexplicables han sucedido desde que la niña estuvo aquí en el hogar con nosotros. Debo decirte primero que la madre de Martha era una mujer singular. Físicamente un desastre, y moralmente... No se sabe quién es el padre, ¿comprendes? Un marinero borracho, muy probablemente, ya que la mujer parece haber sido una bailarina barata.

»Pero el nacimiento de la pequeña Martha pareció sacar lo mejor de ella: un feroz instinto maternal. Sucede a menudo. De todos modos, la madre cambió su forma de vida de inmediato, consiguió un trabajo y literalmente se mató trabajando para su hija. Luchó contra la muerte con una voluntad obstinada que prolongó su vida por meses, me dicen. Pero al final su frágil cuerpo cedió.

»Antes de eso llamó a la pequeña Martha hasta su lecho de muerte y le hizo la promesa loca de que nunca la dejaría, sin importar lo que alguien dijera sobre la muerte y cosas por el estilo. Su cuerpo enfermo era solo un abrigo gastado, le dijo. Esto es natural en alguien que agoniza, pero desastroso en su efecto sobre la mente impresionable de una niña. Desarrolló un complejo en Martha. Sin embargo, se confirmó tan extrañamente por coincidencia que yo... a veces me sorprende preguntándome si no será cierto.

La señora Ellison se rio suavemente. Era una mujer práctica, poco propensa a la fantasía. Pero, irritada por su escepticismo, la matrona dio detalles.

—¿Crees que estoy imaginando cosas? —dijo—. ¡Escucha! Hubo un momento en que cierta actriz quiso adoptar a la niña. No puedo entender por qué eligió a la pequeña Martha, a menos que sea como un contraste de su propia belleza. Pero todo estaba en orden y se estaba enviando a Martha, aunque se portó mal y gritó toda la noche que su mami no había enviado a esta dama por ella.

»Con la secretaria de la mujer esperando en nuestra antecámara a que Martha se vistiera, recibimos una llamada del agente de prensa de la actriz diciendo que el trato estaba cancelado. Parece que ella simplemente estaba adoptando a Martha como un truco publicitario, para cambiar la opinión pública cuando se desató un escándalo desagradable en el que su nombre estaría involucrado. Pero esa misma mañana se había caído escaleras abajo y se había fracturado la nariz. En caso de que la cirugía plástica no tuviera éxito, su agente me informó, su contrato podría no ser renovado y ella no podría mantener a una niña. Leemos entre líneas, por supuesto, como la actriz había salado millones. Pero ahí está. ¡Martha se salvó de tal adopción porque algo hizo tropezar a esa mujer de sangre fría y estropeó temporalmente su apariencia!

La señora Ellison soltó otra risa suave.

—Una coincidencia oportuna —murmuró—. Pobrecita Martha.

—Sí —la matrona asintió con ironía—. ¡Pero fortaleció su creencia de que su mami estaba velando por sus intereses día y noche! En cuanto a las otras niñas aquí, están tan convencidas como ella, especialmente desde el momento en que el circo llegó a la ciudad. Sorteamos quienes irían. Martha fue una de las que echaron suertes y perdieron. Tenía el corazón roto, como las otras nueve perdedoras. Entonces, de repente, mientras estaba alineando a las que podían ir, la pequeña Martha corrió hacia adelante y tiró de mi brazo.

»—¡Matrona! ¡Mamá dice que puedo ir! ¡Mamá dice que me lleven y les pagaré de alguna manera!

»Por supuesto, ese arrebató molestó a las otras niñas y aumentó sus esperanzas, así que no tuve el corazón para dejarlas atrás. Decidí tomar prestada la diferencia de nuestra cuenta de comida y hacer malabares con las cuentas más tarde. Un impulso imprudente, pero entienda cómo me sentí. Así que se fueron al circo. Se reían y saltaban con anticipación esperando fuera de la gran carpa, mientras yo compraba las entradas; pero mi conciencia comenzaba a pincharme. Esas diez entradas adicionales significaban una dieta más escasa para todas en el presupuesto del mes siguiente, y estaba segura de que la junta lo descubriría y me regañaría severamente.

»Me detuve en seco allí mismo, pensándolo bien y deseando de todo corazón poder azotar a la pequeña Martha. Pero en ese momento yo... yo miré por casualidad hacia abajo.

»Justo debajo de mi pie había un pequeño fajo de papel moneda cuidadosamente doblado alrededor de unas monedas de plata. Mi corazón casi se detuvo, déjame decirte, cuando lo conté: la cantidad exacta para esos diez billetes. Yo... a menudo he especulado sobre las muchas formas en que podría haber llegado allí .

La sonrisa de la señora Ellison se había desvanecido un poco, pero ahora volvió, llena de suave tolerancia.

—Quizás algún borracho lo dejó caer —sugirió—. ¡Seguramente, mi querida matrona, no hay nada sobrenatural en perder dinero en un circo!

—Oh, bueno... quizás no —la rechoncha jefa del orfanato parecía descontenta pero no convencida—. Hubo otras ocasiones —prosiguió con firmeza—. Esa vez, por ejemplo, cuando la pequeña Martha se tragó un alfiler, ¡como lo harán los niños si no los miras cada minuto!

»Fue un día terrible el otoño pasado, cuando tuvimos esa tormenta de hielo, ¿recuerdas? Los cables estaban caídos y no pudimos localizar a un médico, con la pobrecita ahogándose y llorando, y ese alfiler abierto clavándose en su garganta con cada movimiento. Estaba frenética y la señorita Peebles, nuestra enfermera residente, estaba al límite... cuando, de repente, este autobús interestatal se averió, alguien golpeó frente a la puerta del orfana....

Los ojos de la señora Ellison brillaron levemente.

—Y supongo —intervino en tono de broma— que había un médico para la pequeña Martha en el autobús.

La matrona no le devolvió la sonrisa, sino que se secó subrepticamente un rocío de humedad que le subió al labio superior al recordarlo.

—¿Un médico? —respondió ella con gravedad—. Había ocho, ¡volviendo a casa de la convención médica estatal! Uno era un especialista en oídos, ojos, nariz y garganta. Por supuesto, sacó ese alfiler en un santiamén. El conductor del autobús dijo que era un problema con su nueva batería y cableado recién revisado cuidadosamente en la última parada. Oh, podría suceder, sí. Te lo aseguro, podría suceder.

La señora Ellison se rio entre dientes. Esto pareció molestar a la matrona.

—Hay decenas de incidentes menores como ese —declaró—. Martha constantemente está encontrando cosas que los otros niños pasan por alto cientos de veces. Céntimos en la hierba. Medio paquete de chicle. Un camión de bomberos de juguete roto. Pregúntale a Martha de dónde los consigue, e invariablemente te responderá: Mami me lo dio, con esos grandes ojos suyos tan inocentes como los de un cordero. Si la regaño y le digo que diga que lo encontró, ella solo di: Oh, sí, pero mami me dijo dónde estaba.

»Todo eso ha causado una gran impresión en los otros niños. Por eso están un poco

asombrados con ella, porque creen que está vigilada y mimada por un... por un...

La matrona se tambaleó, sonrojándose. La señora Ellison enarcó una ceja con humor a la regordeta ama de casa. Vio el rubor profundizarse en sus redondas mejillas.

—¿Por un fantasma? —ella terminó, suavemente burlona—. Mi querida matrona, me sorprende que una mujer sensata como usted permita que sobreviva una idea tan tonta. ¡Vaya, es medieval!

La directora del orfanato frunció los labios con recato.

—Bueno —dijo en un tono que desafiaba toda discusión—, sólo digo que es raro, ¡y eso es lo que es! Los niños le tienen miedo a Martha, y ella es un problema que no puedo resolver. Si tan solo alguien con buen corazón pudiera quitarla de mis manos... Pero, ¡ah!, nadie quiere a la pobrecita, sin embargo, les pregunta a todos los que vienen aquí si ella es la señora que su mami enviado para adoptarla. Es una lástima, ¿pero quién querría una niña loca cuando hay tantas niñas normales?

Ella siguió la mirada de la visitante con expresión de perplejidad, y miró a la niña sentada con las piernas cruzadas en el suelo, jugando sola mientras otros pasaban corriendo en ruidosos grupos. Pero la señora Ellison estaba doblando sus guantes y metiéndolos en su bolso con el gesto de un caballero con sus guanteletes de cota de malla. Luego se enfrentó a la matrona y anunció:

—¿Quién la querría? ¡Yo! ¡Y tan pronto como se pueda arreglar! Esa fijación se ha alimentado durante demasiado tiempo en la mente de la niña. Pero un hogar, unos juguetes nuevos y un poco de cariño la harán olvidar esa tontería. Entonces... si se apresuraran con las formalidades, estaría muy agradecida.

La matrona parpadeó, sorprendida por un momento, un pequeño destello de duda ardía detrás de sus anteojos. Luego se encogió de hombros y suspiró profundamente.

—Entonces lo hare —fue su promesa—. Solo espero que no se arrepienta, señora Ellison. Francamente, no he podido lidiar con la situación. Es... es un caso extraño, y necesita mucha comprensión. No sea demasiado impaciente con la niña.

—¡Disparates! —la visitante cuadró los hombros con firmeza—. Martha simplemente necesita una madre.

Y caminó a grandes zancadas hacia la pequeña figura que jugaba sola bajo el roble con un puñado de bellota. La matrona, mirándola, negó con la cabeza dubitativamente mientras la señora Ellison se arrodillaba junto a la niña. Luego, con desgana, se dio la vuelta, porque había otros doscientos huérfanos que exigían su atención diaria.

La pequeña Martha levantó la vista tímidamente. La señora Ellison estudió la vaga y dulce sonrisa que le brindó y tomó impulsivamente a la niña en sus brazos. Pero estaba disgustada por la falta de respuesta. La pequeña Martha era como una pequeña muñeca huesuda en su abrazo, ni afectuosa ni desafiante. Una mano agarraba una bellota, pero la otra colgaba flácida y no rozaba su cuello como la señora Ellison había esperado a medias. Era casi un desafío, pensó, y sonrió ante lo absurdo de la idea.

—Martha, querida —susurró—, vienes a casa conmigo y serás mi niña. Te daré un pony y un carro, y muchas bicicletas, y te haré rizar el cabello como esa niña de allí. ¿Te gustaría eso?

Los ojos azules se iluminaron, dando al rostro cetrino de Martha una cierta belleza pintoresca a pesar de todas sus pecas y angulosidad.

—¡Oh, sí! —ella suspiró—. Pero tendré que preguntarle a mami primero —añadió tímidamente—. Esta noche supongo que tal vez ella me diga si eres tú.

—A partir de ahora —la señora Ellison se rio con esfuerzo— debes llamarme tu mami, querida, porque mañana serás mi propia niña.

—Sí —asintió obedientemente la niña—, te llamaré Madre, si mamá dice que está bien. Oh, yo... ¡espero que seas tú!

Y la señora Ellison se fue, sintiéndose desconcertada y completamente insegura si había ganado o no ese primer partido.

La enorme cantidad de trámites burocráticos fueron terminados, fiel a la promesa de la matrona. Unos días más tarde, con un sol de finales de otoño dorando las hojas amarillas, la señora Ellison condujo nuevamente al orfanato del condado de Acipco.

Había despedido a su chófer, había comprado un cachorro de Sealyham lanudo en una tienda de animales en el camino, así como un precioso vestido de seda azul.

—Éstas —pensó—, son mis armas. Con ellas terminaré para siempre el fantasma de la mami de Martha.

Una hora más tarde, salían dando vueltas del camino de entrada del orfanato: una mujer alta de ojos dulces al volante y, muy cerca de ella, una niña pequeña con un vestido azul, abrazando extasiada a su nuevo cachorro.

Abriéndose paso entre el tráfico de la tarde, la señora Ellison sonrió y charló alegremente, pero su corazón hervía. La confunde la idea de esa mujer histérica, egoísta, que muere en su camilla de hospital, dejando una marca en Martha que el tiempo no pudo borrar.

Por un momento, mirando de reojo a su hija adoptiva, la segunda madre de Martha odió a la primera que se interponía entre ellas como una pared invisible, a pesar de todo lo que podía hacer.

De manera inquietante, la señora Ellison sintió una presencia extraña en el automóvil, pero no entre ella y la niña. Más bien, parecía que alguien... algo... estaba sentado al otro lado de la pequeña Martha, aliada con su nueva madre, cuidando a la niña por un lado mientras ella misma guardaba el otro.

La mujer alta sacudió la cabeza, enojada. ¡Qué locura! ¿Estaba ella también sucumbiendo a la alucinación de la niña? Debía exorcizar ese espíritu ahora, o admitir la derrota por algo que no existía.

—¿Amas a tu nueva mami? —le preguntó, inclinándose a un lado para abrazar a la pequeña Martha con un brazo.

La niña se acurrucó más cerca. Los grandes ojos azules la miraron brillando de felicidad.

—¡Oh, sí, madre! Ahora eres real y verdaderamente mi madre, ¿no? Así que te diré un secreto —dijo, mientras el rostro de la mujer se iluminaba de triunfo—. ¡Mami me dijo anoche que te eligió para mí hace mucho, mucho tiempo!

—¡Martha! —la señora Ellison retrocedió bruscamente como si hubiera recibido un golpe inesperado—. ¡Deja de hablar así! Quiero que te olvides de todas esas tonterías de tu madre, recuérdala y ámala siempre, claro. Pero tu mami se fue al cielo hace más de un año, y debes dejar de fingir que sigue aquí.

El grito de la niña la interrumpió. La señora Ellison giró la cabeza y quedó paralizada de horror al ver un enorme camión de gasolina sin conductor que se precipitaba sobre ellas desde la colina larga y estrecha que estaban ascendiendo lentamente.

El gran monstruo rojo estaba ganando velocidad. Zigzagueaba como un borracho, dirigiéndose hacia su coche con una precisión escalofriante, con la nariz roma y pesada como una locomotora.

El pánico se apoderó de la señora Ellison, congelando sus manos en el volante. Unos pocos metros más, y el desastre las golpearía de frente. A la mujer le pareció que ya podía oír ese repugnante sonido... y no había escapatoria. Solo una pared de roca baja a un lado, una terraza inclinada al otro. Y, como si se diera cuenta de la inutilidad de una maniobra adicional, el automóvil se paró en seco en el camino del camión fuera de control.

—¡Cariño, salta! —gritó la señora Ellison—. ¡Salta y corre! Yo... no puedo...

Pero la niña a su lado ni siquiera la había escuchado. Para alguien que se enfrentaba a la muerte, parecía extrañamente tranquila. Su rostro cetrino se había puesto tan pálido que las pecas resaltaban oscuramente, y su agarre sobre el nuevo cachorro se cerró aún más. Pero sus labios se movieron suavemente en una media oración que fue casi inaudible para la mujer a su lado.

—¡Mami! Mamá —susurró—. ¡Haz que pare, mami! ¡Por favor, haz que pare!

La señora Ellison tiró de la niña, con la intención de sacarla del coche en una última oportunidad salvaje, pero antes de que pudiera abrir la puerta del coche hubo un chirrido metálico de engranajes rotos.

Mirando hacia arriba, con los ojos desorbitados, vio que el camión que se precipitaba saltaba torpemente de lado y se detenía con un chirrido contra la acera, a escasos cinco pies por encima de ellas.

Entonces llegó gente corriendo: residentes asustados, un policía y el camionero de cara blanca. Se apiñaron alrededor del camión, luego corrieron hacia el auto donde la señora Ellison estaba débilmente hundida al volante. A su lado estaba sentada una pequeña niña cuya extraña y tranquila sonrisa hizo que la miraran y volvieran a mirar intensamente.

—¡Dios, señora! —el camionero balbuceó una disculpa incoherente—. ¡Gracias a Dios! Si esa caja de embalaje en el asiento no se hubiera caído contra la palanca de cambios y la hubiera puesto en reversa, usted podría haber...

La señora Ellison simplemente asintió con la cabeza en respuesta. No podía confiar en su voz. Solo podía mirar fijamente el camión de una manera aturdida, y luego a la niña sentada a su lado.

—¿Estás... estás bien, Martha, querida? —susurró después de un momento—. Entonces, vayamos tú, yo y... y mami, a casa.